

Madrid, jueves 15 de noviembre de 1990

OPINION

Encuentro en Lisboa

Quince años después (I)

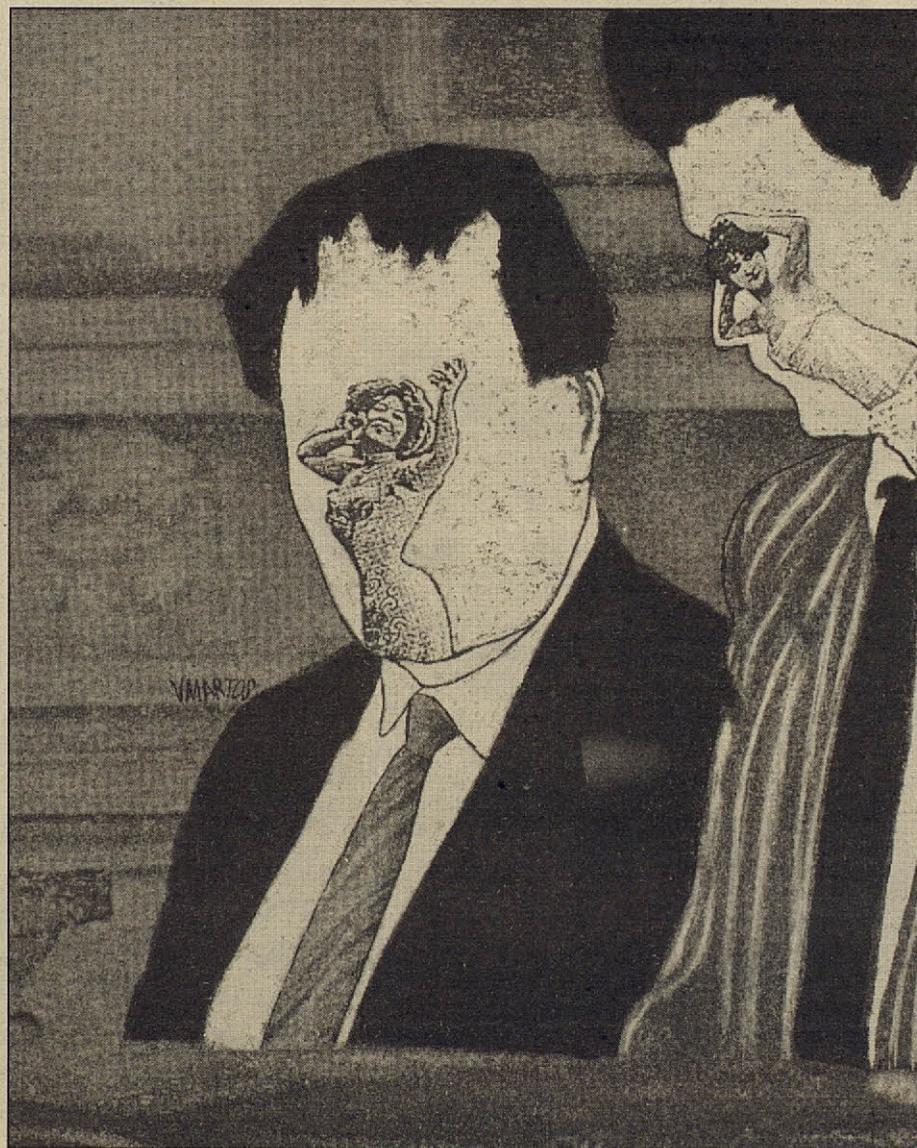
JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Llegué a Lisboa en el mismo vuelo que el poeta catalán, y en catalán, Alex Susanna. No se veía nada: la más impía lluvia de noviembre, la más dura y maligna, nos recibió como una cabronada que iba a durar los días que allí estuve. ¡Ah, mi paraguas italiano y plegable! Bendije a mi mujer, que sabe cosas raras y difíciles, y que es capaz de descifrar los boletines de meteorología y de adivinar cuando miento o no miento. Un coche negro, inmenso, con chófer de la Embajada española, nos condujo al hotel Embaixador. Nuestro cuerpo diplomático mejora, al menos para mí.

Una ducha, cambiarse de traje, y a la sede del Fórum Picosas, al certamen titulado «Livros de Espanha». Ahí empiezo a enterarme de qué va la cosa. Es una iniciativa conjunta: por parte portuguesa colaboran la Secretaría de Estado de Cultura, el Instituto Português do Livro de Leitura y la Associação Portuguesa de Editores e Livradores; y por parte española participan el Ministerio de Cultura, la Dirección General del Libro y Bibliotecas y el Centro de las Letras Españolas.

Se exponen más de 3.500 libros de todos los géneros, publicados en España en los últimos años. Malévolamente compruebo que estoy aquí representado por seis o siete títulos. Menos da una piedra. Me encuentro con Pilar y José Saramago, más enamorados que nunca, alegría grande, besos y abrazos, nos sacan fotos, por bonitos. Mas nos interrumpe la llegada del secretario de Estado de Cultura, Pedro Santana Lopes, y de nuestro ministro de Cultura, Jorge Semprún, cada uno con su séquito, tal como manda el protocolo. Junto a Semprún distingo a Juan Manuel Velasco (que ha venido sin Ana Puértolas, por fastidiarme será, ya que ella llegará cuando yo me haya ido, y sin poder mirarla), y también a Jesús Moreno Sanz, director del Centro de las Letras Españolas.

Los discursos, cantados; y saludamos al terceto español. Luego, un rápido recorrido por el enorme recinto. Son las 18 horas; en Portugal, claro, en España es una hora menos. Todos abajo, a la sala de actos; tras de la mesa, en pompa están críticos y escritores que hablaron por el orden que diré, presentados, uno por uno, por el poeta portugués Fernando Assis Pacheco; Rafael Conte, fino y ceñido, que comprime la novela



española de posguerra de Cela a Luis Landero; Angel Crespo, no cree en las generaciones y hace bien, y que se centra en las vanguardias olvidadas, caso Carlos Edmundo de Ory y su postismo; sigue la elegante Fanny Rubio, que completa el panorama poético de la pos-

guerra y se detiene muy especialmente en el llamado grupo del 50; María Fernanda Abreu, divulgadora de la literatura española en Portugal y de la portuguesa en España, que cuenta lo mucho que queda por hacer; Carlos Cesares explica, en rápido barrido, el panora-

ma actual de la literatura gallega; y César Antonio Molina cierra muy bien el acto hablando del rol de la prensa como plataforma y escuela de formación de escritores.

Rápidamente a la hermosísima Embajada de España, que aún están remozando, y que Raúl del Pozo y yo vimos arder allá por 1975 o así. ¡Raúl del Pozo! Se me cruzan los cables. ¿Qué hago en Lisboa yo si no está Raúl? ¡Ay, Raúl, Lisboa ha envejecido, y tus admiradoras también, y eso me hace pensar que asimismo tú y yo hemos envejecido. Quería afeitarme por lo de la Embajada, y no lo hice para no ver mi rostro en el espejo.

El embajador, Gabriel Ferrán, nos espera y saluda en el vestíbulo. Es persona culta y amable, y está feliz de tenernos reunidos; portugueses y españoles mezclados, eso va bien. Los canapés, los zumos, el café y las bebidas con espíritu. Puedo saludar a otras gentes, cosa que antes no pude hacer. Los portugueses me preguntan por los españoles que no han venido; Alberti, Cela, Benet, Vázquez Montalbán, Sánchez Ferlosio, Juan Marsé, mis hermanos Luis y Juan, Montserrat Roig (aquí la quieren mucho, yo también), Angel González, Claudio Rodríguez, Caballero Bonald, García Hortelano, Carmen Riera (sí, lo adivinaron, también la quiero mucho, muchísimo)... No sé. Quizás aún alguno llegue, esto se alarga hasta diciembre; muchos se hallan fuera de España, o tal vez tienen demasiado trabajo; pero todos están bien, trabajando, claro que sí.

Al salir, la gente está transida de cansancio. Otros queremos cenar, naturalmente. Es tarde, y muchos restaurantes ya cerraron. La solución está, como siempre, en el Barrio Alto. En la Cervejaria da Trindade nos acogen, pero hay que formar grupos pequeños, no disponen a estas horas de mesas grandes. Me toca una mesa que hacemos presidir a Rafael Conte, episcopal y sabio. Todo perfecto; buen pescado, charla bonita, café y copa, y después a jugar a «los chinos», que la vida es corta. Me costó, pero les metí un pufo a Conte y a Sarrión. El alma en pena de Mao me protegía.

Al embaixador, a dormir, el día ha sido duro. Sigue lloviendo sin caridad ninguna. En la calle, todo el mundo se disputa mi compañía; por el paraguas, claro.